

DEL AUTOR DE *PORFIRIO DÍAZ. SU VIDA Y SU TIEMPO*

CARLOS TELLO DÍAZ

MA

XI

MI

LIA

NO

EMPERADOR DE MÉXICO

DEBATE



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

ADVERTENCIA

El 19 de junio de 1867 Maximiliano, emperador de México, murió fusilado en el Cerro de las Campanas, junto con los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía. Su muerte ocurrió después de la toma de Puebla y el sitio de Querétaro, y precedió la ocupación sin violencia de la ciudad de México, lo cual permitió a su vez la entrada a la capital del presidente Benito Juárez. Todo ello marcó, en 1867, el final del Imperio y el triunfo de la República. Hace ciento cincuenta años. Es el contexto en el que aparece este libro pequeño y modesto, *Maximiliano. Emperador de México*.

El libro está formado por veinticinco capítulos, todos breves, más o menos de la misma extensión, que retratan con empatía la vida de Maximiliano de Habsburgo desde su nacimiento en el palacio de Schönbrunn, en Austria, hasta su muerte en el Cerro de las Campanas, en el corazón de México. Fue escrito hace más de veinte años, con estas características, a solicitud de la editorial Clío, con la intención de acompañar una telenovela sobre Maximiliano y Carlota que, según recuerdo, tenía planeada Televisa. Yo mismo había trabajado ya con Enrique Krauze, director de Clío, en un proyecto de historia novelada para Televisa. La idea, ahora, era hacer un texto muy conciso que fuera acompañado por una abundancia de imágenes –fotografías y retratos, pero también objetos– con el fin de llegar a un público más amplio, como los que había ya publicado Clío sobre el

Porfiriato y la Independencia. Pero fue cancelado al final el proyecto de telenovela del Imperio Mexicano, por lo que el libro ya no salió a la luz en Clío. Estuvo guardado en un cajón durante todos estos años, hasta ahora que aparece publicado con el sello de Debate. Pensé que podía ser leído con interés en un contexto propicio para la reflexión sobre Maximiliano: el ciento cincuenta aniversario de su muerte, que marcó también el final del Imperio Mexicano.

I. **E**L ARCHIDUQUE
MAXIMILIANO





Palacio de Schönbrunn, Viena.

El palacio de Schönbrunn era uno de los más bellos de Europa. También uno de los más grandes. Había sido construido en las afueras de Viena para los Habsburgo, soberanos de Austria desde el siglo XIII, cuya política de agrandamiento por medio del matrimonio los había hecho poseer —en adición a los de Austria— territorios en Hungría, España, Francia, Italia y los Países Bajos. Sus miembros más destacados estaban representados en la galería de retratos de Schönbrunn. En este palacio, el 6 de julio de 1832, nació el archiduque Maximiliano, hijo de Francisco Carlos de Habsburgo y Sofía Wittelsbach. Su madre no se levantaba todavía del lecho cuando supo la noticia de la muerte del duque de Reichstadt, un muchacho muy joven, hijo de Napoleón Bonaparte y María Luisa de Habsburgo. El golpe fue terrible para ella. Perdió el conocimiento, sufrió calenturas y, bajo la emoción, se quedó sin leche. Más tarde, recuperó las fuerzas, lentamente, pero sin volver a ser la misma. Sofía, según testigos, “tenía un apego romántico por Reichstadt”.¹ Algunos rumoraban, incluso, que con él había concebido al hijo que acababa de nacer en el palacio.



El archiduque Maximiliano en el Tegernsee. Detalle de óleo Joseph Karl Stieler ca. 1838.

Maximiliano se convirtió con los años en el niño consentido de la corte. Era muy hermoso, con la tez pálida, el cabello rubio, los ojos azules: “encantador, amable, fascinante”, escribió la princesa Radziwill.² Vestido de blanco, dando de brincos, parecía, según su madre, “una enorme mariposa blanca”.³ El archiduque pasaba sus días entre las plantas exóticas del jardín botánico de Schönbrunn, donde tenía una choza de paja, con piedras en forma de ídolos — su regalo de cumpleaños— en cuyo exterior cantaba un papagayo, obsequio de su tía María Luisa. Vivía en un mundo de fantasía. Incluso conoció de niño al autor Hans Christian Andersen, quien, durante sus visitas a Viena, era convidado por sus padres para leer sus cuentos en los salones del Hofburgo.

En 1836, el conde Heinrich Bombelles, oficial del ejército de Austria, fue designado preceptor de Maximiliano y de su hermano mayor, Francisco José. Ambos eran muy distintos: el primero de disposición alegre, el segundo de talante austero. Bombelles les impuso a los dos un régimen sorprendente por su severidad. Sus pupilos tenían más de cuarenta y cinco horas de cursos a la semana. Estudiaban geografía, historia, dibujo y cálculo, así como derecho, matemáticas, estrategia y diplomacia. También alemán, inglés y francés, además de las lenguas del Imperio: italiano, húngaro y polaco. Bombelles no desdeñaba la importancia de los ejercicios —los hacía practicar danza, esgrima, equitación— ni tampoco, desde luego, el valor de los viajes. Organizó muchos. Así, a los trece años, Maximiliano salió con sus hermanos a Venecia, donde vio por primera vez el mar Adriático.



Conde Heinrich Bombelles, preceptor de Maximiliano.

II. **E**L HEREDERO AL TRONO DE LOS HABSBURGO



En 1848, la revolución sacudió a Europa. En el Imperio de los Austrias, las reivindicaciones nacionalistas —más que las sociales, como en otros países— fueron la causa de la revolución. Kossuth proclamó la autonomía de Hungría. Kollar, la unión de los eslavos en Bohemia. Cavour, la independencia de las provincias de Italia dominadas por Austria: la Lombardía y el Véneto. En Viena, el príncipe Metternich, símbolo de la opresión, tuvo que huir de la ciudad escondido en un carro de lavandera. El emperador Fernando, tío de Maximiliano, huyó también en busca de refugio a Innsbruck. En el invierno, después de sofocar la rebelión, sus ministros lo forzaron a abdicar. La corona, rechazada por su hermano, pasó a manos del hijo mayor de éste: Francisco José. El 2 de diciembre, a las ocho de la mañana, tuvo lugar la ceremonia de coronación en Viena. Fernando I leyó su declaración. “Razones imperiosas nos han conducido a la resolución irrevocable de renunciar a la corona imperial”, dijo, “en favor de nuestro bienamado sobrino, S. A. el archiduque Francisco José”.⁴ En ese momento Maximiliano pasó a ser el heredero de la Casa de Austria.

La relación entre los dos hermanos sufrió a partir de entonces un distanciamiento, acentuado durante la campaña de Hungría. Los magiares no habían querido reconocer a Francisco José, por lo que, en el verano de 1849, los combates estallaron en Raab y en Kmorn. La represión fue brutal en Budapest, que los austríacos tomaron con el apoyo

del zar de Rusia. Trece generales fueron fusilados; veinte notables fueron ahorcados; dos mil patriotas fueron apresados. “La posteridad considerará con estupor y horror a los tribunales que, sin base legal y por la sola fuerza, condenaron a esas personas a una muerte a corto plazo, probablemente porque querían otra cosa que aquello que desea el poder que se coloca por encima de la ley”, escribió Maximiliano.⁵ Estaba muy impresionado con la represión. Tenía sólo dieciséis años.



Familia de Francisco José I. Foto propia, ca. 1860 Ludwig Angerer, © Wikimedia.

En 1850, Maximiliano salió en un viaje con su hermano Carlos Luis a bordo de la corbeta *Vulcain*. Navegaron primero con destino a Grecia, donde fueron atendidos por los reyes en Atenas. Luego zarparon hacia Turquía. “Ante nosotros se extiende el Oriente con sus riquezas, su vegetación, sus mil deslumbramientos”, escribió Maximiliano.⁶ No fue defraudado, ni tampoco su hermano. En Esmirna fumaron en narguile y saborearon los sorbetes de las plazas, visitaron los bazares y los baños, las mezquitas y las madrazas, y también el mercado de esclavos, donde pensaban encontrar a las odaliscas inmortalizadas por Delacroix. A partir de entonces, los viajes se multiplicaron. En 1851, luego de sobrevivir un ataque de tifoidea, Maximiliano recorrió Italia y España. Pasó por Nápoles y Florencia, y luego por Sevilla y

Granada, donde visitó la tumba de sus antepasados, los Reyes Católicos. Quedó fascinado. "Padecí la suerte [dijo] de todos los alemanes que van al Sur".⁷

III. *L*OS AMORES
DE JUVENTUD



Maximiliano era alto y delgado, y tenía la mirada azul y soñadora. Habría sido guapo de no ser por el mentón —huidizo, sin carácter— que disimulaba bajo la barba. Era amable, elegante, ocurrente, de risa fácil, de voz aguda y sonora. Sus principios liberales, inculcados por uno de sus tutores, un italiano, chocaban a menudo con el sentimiento de superioridad que le daba su nombre. Era un hombre bueno, sin duda, aunque también algo banal. Así lo revelan por ejemplo sus reglas de conducta, reglas impresas en un cartón que fue localizado, luego de su muerte, en uno de sus bolsillos. *Jamás quejarse, decía. Jamás mentir, ni siquiera por necesidad o vanidad. Pensar en las propias faltas al juzgar las del prójimo. Dominar al cuerpo, mantenerlo en la justa medida y en los límites de la moral.*

En el otoño de 1851, mientras navegaba por el Mediterráneo, Maximiliano confesó sus ansias de volver a Viena. Le hacía falta, dijo, “una persona querida en casa”.⁸ Era la condesa Paula von Linden, una muchacha de diecinueve años, hija del ministro de Wurtemberg. A principios de 1852, la vio de nuevo en los bailes del Hofburgo. Destacaba sobre las demás, toda de blanco, con sus vestidos de crespón aderezados con fondos de tarlatana. Los bailes eran conducidos por la orquesta del maestro Johann Strauss. Aquel año, el martes de Carnaval, antes de salir de casa, Paula recibió un ramo de violetas, sin nombre. Eran de Maximiliano. Con él bailó toda la noche, hasta las doce,